

Naturaleza y cultura en el estudio de las emociones

Nature and culture in the study of emotions

SONIA MARIA GUEDES GONDIM
Universidade Federal da Bahia (Brasil)
sggondim@ufba.br

JOSÉ LUIS ÁLVARO ESTRAMIANA
Universidad Complutense de Madrid (España)
jlalvaro@cps.ucm.es

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo destacar la complejidad del fenómeno de las emociones y resaltar la necesidad de considerarlas desde una perspectiva más sociológica que complemente los estudios en los que se incide sobre las bases psicológicas de las mismas y su función adaptativa. Otro aspecto a destacar es que aunque las emociones son importantes en la vida social, su estudio necesita de una mayor claridad conceptual que la que disponemos en la actualidad. Asimismo, es importante señalar la existencia de dificultades para relacionar las emociones con otros procesos mentales, en especial con los procesos socio-cognitivos; históricamente, emoción y cognición se han considerados como antagónicas. Al presentar algunas de las principales perspectivas de análisis de las emociones, nos centraremos en las investigaciones que concluyen que las emociones y los procesos socio-cognitivos no sólo se influyen mutuamente, sino que, a su vez, se encuentran en una relación de codeterminación con los procesos socioculturales. A pesar de las innumerables dificultades para compatibilizar planteamientos epistemológica y teóricamente distintos, la complejidad del fenómeno de las emociones fuerza la integración de perspectivas en principio divergentes, pues todas las tentativas de aprehenderlas se han mostrado incompletas. Se concluye afirmando la necesidad de construir una teoría sobre las emociones que englobe contribuciones de diversos campos del conocimiento, incluyendo a la sociología.

Palabras clave: emociones, afecto, cognición social, naturaleza, cultura, interdisciplinariedad.

ABSTRACT

The main objective of this article is to highlight the complexity of the study of emotions and stress the need of a more sociological perspective that could complement the psychological approaches and the emphasis on their adaptive function. Although emotions are important

in social life, its study needs a better and clearer understanding than the one we have up to now. It is also very important to acknowledge the difficulties of establishing the relationship between emotions and other mental processes, especially cognitive processes; historically emotion and cognition have been studied as opposite. While presenting some of the main analytical approaches to emotions we will concentrate on the studies that come to the conclusion that emotions and socio-cognitive processes are part of socio-cultural processes. Regardless of the various difficulties to solve the apparent incompatibility among different epistemological and theoretical approaches, the complexity of emotions forces to establish a bridge between them, since no single perspective is capable of explaining the different dimensions of emotions. The challenge is to build up a comprehensive theory that includes the contributions of different research areas on emotions, including a sociological perspective.

Keywords: *emotions, affect, social cognition, nature, culture, interdisciplinarity.*

1. HACIA UNA DELIMITACIÓN CONCEPTUAL EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

¿Qué son las emociones? Esta pregunta no sólo sirve de título para diferentes publicaciones sobre el tema (Evans, 2003) sino que también continúa sin una respuesta satisfactoria. No es causalidad que durante un largo periodo de tiempo las emociones fueran consideradas objeto de especulación filosófica, teniendo un lugar importante en la ética y la moral (Calhoun y Solomon, 1984; Solomon, 2004; Roberts, 2003). En el campo de la investigación científica moderna el camino fue en otra dirección, pues, dominada por la creencia de que lo que distingue a los seres humanos de otros animales es la razón, la ciencia dejó las emociones a un lado, rechazándolas muchas veces por percibir las como un obstáculo para su consecución; este escenario cambió en siglo XIX, cuando el estudio de las emociones empezó a ser de interés para los científicos (Harré, 1986).

A lo largo de la historia de la humanidad han predominado dos corrientes de pensamiento opuestas. Si de un lado hubo una fuerte oposición a las emociones por ser un obstáculo a la acción moral y racional, por otro, fueron concebidas como la esencia de la acción humana (así, por ejemplo, las emociones han sido entendidas como una fuerza que incrementa la motivación para la acción o como un amplificador de los impulsos o *drives*, Tomkins, 1962). Ajenos a esa disputa conceptual, las personas reconocemos que las emociones son parte de la vida cotidiana, ya que nos permiten entender los motivos que mueven nuestra vida, independientemente de las diferencias conceptuales entre emociones, sentimientos y otros estados afectivos. No precisamos saber lo que diferencia a las emociones de los sentimientos, las pasiones o los estados afectivos para entender que fomentan actividades como la literatura, la pintura, la escultura, la música y tantas otras formas de manifestación cultural y artística que tienen un amplio impacto social (véase, por ejemplo, Walton, 2004). Asimismo, las emociones son el reflejo de estados afectivos personales y colectivos, influyen en las relaciones interpersonales y grupales y expresan nuestras reacciones ante los valores, costumbres y normas sociales que dan cuenta de las diferencias culturales. Sin embargo, comprender que las emociones son vitales para la existencia social y un factor motivacional para nuestras vidas y nuestro comportamiento ético y moral es insuficiente para construir una teoría científica de las mismas. El conocimiento científico no puede prescindir de la definición de sus objetos de estudio y en el caso de las emociones, ésta todavía sigue siendo una tarea inconclusa. De hecho, a la hora de definir lo que son las emociones tropezamos con problemas de índole diversa. Por ejemplo, Fehr y Russell (1984) señalan que todos saben lo que es una emoción sin conseguir definirla, ya que es mucho más fácil ejemplificarla. Esta dificultad para encontrar las palabras adecuadas para describir nuestras emociones se explica no sólo por la falta de precisión sobre lo que se siente (ambigüedad de los estados afectivos internos), sino también por las diferencias culturales expresadas en el lenguaje (cómo expresar sentimientos o estados internos). En la vida cotidiana nos encontramos con grandes dificultades para explicar nuestras emociones, pues no siempre encontramos las palabras adecuadas para decir lo que estamos sintiendo. Así, autores como Levy (1984) establecen una importante distinción entre los conceptos de *hypercognized* e *hypocognized* para destacar que la importancia de las emociones, tanto positivas como negativas en una cultura dada, está relacionada con el número de palabras disponibles para referirnos a las mismas. Si están muy valoradas, el

repertorio encontrado es muy rico (*hypercognized*), caso contrario, es restrictivo (*hypocognized*). Así, mientras el inglés dispone de 2.000 palabras para referirse a estados emocionales, el chino sólo posee alrededor de 750 (Parkinson, Fischer y Manstead, 2005). Estas observaciones nos dan una idea de la importancia del lenguaje en la construcción social y cultural de las emociones.

Estas diferencias sobre cómo nos referimos a lo que estamos sintiendo son una de las principales razones para cuestionar una concepción universal de las emociones y nos obligan a situarlas en el contexto cultural de producción de sentido que tenemos gracias al lenguaje (véase Fischer, Manstead y Rodríguez Mosquera, 1999; Harré y Parrot, 1996). Como afirmaba Ryle (1949), no existe correspondencia entre las palabras y los estados emocionales que pretenden reflejar. Asimismo, las metáforas también sirven para realzar los sentimientos y ejemplificarlos, prescindiendo de un lenguaje descriptivo y definitorio; con frecuencia ilustramos nuestros sentimientos haciendo uso de expresiones verbales tales como «enloquecer de celos», «morir de amor» o «paralizarse de miedo», entre otras (Burkitt, 2002). Al utilizar estas metáforas pretendemos comunicar el significado de lo que se siente sin necesidad de definirlo.

A pesar de existir el reconocimiento de que las emociones forman parte de la naturaleza humana y acompañan toda la historia social del ser humano, las dificultades para definir y expresar los diferentes estados afectivos, sea por las ambigüedades internas de quien las siente, sea por la dificultad de expresarlas e interpretarlas de modo inequívoco, son la causa principal de los debates y controversias entre perspectivas aparentemente antagónicas. Los teóricos culturalistas (por ejemplo, Lutz, 1988; Mesquita, 2003) que se ocupan de la construcción simbólica de las emociones por medio del lenguaje y sus significados en diferentes contextos sociales, han resaltado el hecho de que aunque los teóricos evolucionistas hayan obtenido evidencia de que hay emociones básicas de carácter universal, esenciales para la perpetuación de la especie humana (por ejemplo, Ekman, 1992), éstos no han logrado dar respuestas satisfactorias a las diferencias culturales en la manera de expresar, interpretar y dar significado a las mismas.

En resumen, los avances realizados en las últimas décadas en el estudio y definición conceptual de las emociones dejan al descubierto lagunas que señalan la necesidad de incorporar perspectivas más integradoras para su comprensión (Echebarría y Páez, 1989; Fernández y Carrera, 2007; Fernández-Dols, 1994).

2. LÍMITES IMPRECISOS EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

En el estudio de las emociones es preciso llevar a cabo una triple tarea. La primera consiste en distinguir emoción de cognición. La segunda trata de diferenciar emoción de otros estados afectivos como sentimientos, pasiones y afectos. Finalmente, la tercera, analiza cómo emoción, cognición y otros estados afectivos surgen en la interacción simbólica.

Irónicamente, y frente a los defensores de una separación entre emoción y cognición, los avances en la investigación ratifican la no independencia entre ambos procesos, ofreciéndonos evidencia empírica sobre las complejas relaciones entre ambos (Davidson, Scherer y

Goldsmith, 2003; Forgas, 2000; Lewis y Haviland-Jones, 2004; Phelps, 2006; Rolls, 2007; Schweiger y Álvaro, 2007). La paradoja está en que cuanto más se intenta separar las emociones de la cognición en busca de establecer un estatus científico para las emociones, igual al alcanzado por el estudio de los procesos socio-cognitivos, más se revela que ambos procesos están íntimamente unidos. Así, si bien los primeros estudios cognitivos, realizados a mediados del siglo XX, estuvieron basados en la metáfora del ordenador, dejando a un lado las emociones, la reorientación de esta tendencia vino dada por los descubrimientos sobre el importante rol de la amígdala cerebral. De acuerdo con Phelps (2006), los estudios sobre la amígdala cerebral comienzan en 1937, con Kluver y Bucy, siendo retomados veinte años después por Weiskrantz. Su papel principal es modular el comportamiento cognitivo y social a través del procesamiento y almacenamiento de reacciones emocionales, siendo muy importante en el aprendizaje de respuestas ante situaciones de miedo, tanto en animales como en humanos. Hoy en día se reconoce también que la emoción altera la memoria en las fases de 1) codificación, pues interfiere en la atención y en la percepción; 2) consolidación, pues interfiere en el proceso de almacenamiento y, 3) finalmente, en la reconstrucción subjetiva del recuerdo. Así, las respuestas emocionales más importantes para la perpetuación de la especie son menos probables de ser olvidadas, siendo transmitidas filogenéticamente (Cosmides y Toby, 2004; Rolls, 2007). Además, y para aumentar la complejidad de la relación entre cognición y emoción, disponemos de evidencia empírica que señala que las informaciones contextuales pueden cambiar las respuestas en la regiones cerebrales responsables de la identificación de la expresión facial de las emociones. Es decir, la cognición también puede interferir en la interpretación de la manifestación de la emoción. Para autores como Phelps (2006), tal reconocimiento de los vínculos entre emoción y cognición ha hecho reflexionar y cambiar el punto de vista sobre el antiguo debate entre Lazarus (1984) y Zajonc (1984, 2001); el primero, defendiendo que la emoción precede a la cognición y el segundo afirmando lo opuesto. Si bien existen evidencias que apoyan la idea de que las emociones preceden a la cognición, también hay investigaciones que sugieren que los procesos cognitivos, por ejemplo los relacionados con informaciones contextuales (género, tipo de interacción social, estatus de los actores, etcétera), afectan a nuestras experiencias y respuestas emocionales. En resumen, los estudios más recientes revelan que emoción y cognición mantienen una interrelación compleja, poniendo en tela de juicio la creencia de que emoción y cognición sean antagónicas (Davidson, Scherer y Goldsmith, 2003; Forgas, 2000; Phelps, 2006; Rolls, 2007; Oatley, Keltner y Jenkins, 2007). A su vez, ambos procesos no pueden ser analizados al margen del contexto cultural en el cual cobran sentido tanto nuestra forma de percibir y procesar la información del medio como la manera que tenemos de sentir y expresar nuestros estados emocionales. En resumen, hay una interdependencia entre biología (neurofisiología cerebral), psicología social (procesos mentales) y cultura (lenguaje, procesos de socialización, aprendizaje social, relaciones sociales, normas y valores sociales) en la construcción y manifestación de nuestras respuestas emocionales.

El segundo problema al que nos referíamos con anterioridad radica en que los estados afectivos, en especial las emociones y los sentimientos, son manifestaciones globales de difícil diferenciación, al contrario que otros procesos mentales de base socio-cognitiva, como la memoria, el pensamiento, el lenguaje y la percepción, que a lo largo del tiempo han alcanzado un

grado considerable de precisión conceptual, permitiendo establecer claras relaciones entre ellos (Russell y Lemay, 2004). La propia naturaleza de las emociones hace compleja la resolución de este problema. En primer lugar, porque no es fácil precisar los límites que separan distintos tipos de emociones y, en segundo lugar, porque éstas se muestran de manera ambivalente. Mientras que algunos investigadores están de acuerdo en separar las emociones de los sentimientos, otros tratan ambos conceptos como sinónimos. Así, por ejemplo, autores como Roberts (2003) llaman la atención sobre el hecho de que en algunas situaciones sociales las personas pueden dar señales de tener rabia, envidia o celos, sin que lleguen a sentir esas emociones, y si alguien les preguntase si sienten rabia, envidia o celos, podría sorprenderse, pues la persona preguntada podría no reconocer esos sentimientos en sí misma. Siguiendo esa línea argumentativa, si no todas las emociones son necesariamente sentidas, no podemos afirmar que emociones y sentimientos sean conceptos equivalentes. Si miramos con atención la diferenciación de Roberts, llegamos a la conclusión de que si bien las emociones pueden no ser algo consciente para la persona, las señales comportamentales que las acompañan pueden ser manifiestamente visibles para los otros (distinguiendo así entre el comportamiento emocional socialmente reconocido y el sentimiento personal que podría no serlo). De ahí que se pueda concluir afirmando que las emociones están relacionadas con cambios corporales y comportamentales, pero su manifestación no garantiza la emergencia del sentimiento, que necesita de un procesamiento consciente (del *self* como sujeto consciente de experimentar una emoción). Al contrario que los defensores de una separación entre sentimientos y emociones, otros autores consideran que las emociones y los sentimientos son equivalentes, ocupándose sólo de las distintas formas de sentir. Ryle (1971), por ejemplo, establece una distinción entre dos modos de sentir: el basado en la percepción sensorial y el basado en la experiencia subjetiva no sensorial, es decir, aquel que no depende de sensaciones físicas, como estar triste. Pero, aunque reconozcamos las diferencias entre estas dos formas de sentir, no se puede olvidar que las personas expresan su experiencia subjetiva por medio de una referencia corporal. En otros términos, cuando una persona está deprimida o triste, por ejemplo, suele mencionar una sensación de ahogo o presión en el pecho o en el corazón. En parte, esto se explica porque los sentimientos y las emociones se imprimen como marcas sensoriales (Damasio, 1994). Siendo esto así, es normal no saber describir un sentimiento personal difuso, pero sí hacerlo notar por un dolor de estómago, una dificultad respiratoria o cualquier otro síntoma localizado en alguna otra parte del cuerpo. Aunque no todo modo de sentir sea consecuencia de una estimulación sensorial, la experiencia subjetiva de sentirse triste o alegre está marcada por alguna señal corporal, como si buscara una referencia sensorial para mostrar el sentimiento (o la emoción). Ryle (1971) también menciona otra forma de sentir, como cuando se dice «yo ya sentía que aquella persona no era de confianza» o «yo siento que tengo control sobre mi vida». La noción de sentimiento, en ese último caso, se alejaría de los afectos y se aproximaría a la razón, ahondando aún más si cabe en la indefinición conceptual de la que venimos hablando. Como ya señalamos con anterioridad, a la hora de establecer los límites entre los diversos estados afectivos, en especial las emociones y los sentimientos, los científicos están muy lejos de llegar a un pleno consenso (Evans, 2003). Si el objetivo de una ciencia de las emociones es definir su objeto con claridad y delimitar a qué estados se refiere, ésta sigue siendo una tarea que requiere de un mayor trabajo de investigación y reflexión teórica (Parrott, 2001). Por ejemplo, ¿los afectos pueden

considerarse como una categoría conceptual distinta a la de las emociones? Algunos autores consideran los afectos y las emociones como sinónimos y otros entienden que los afectos son una categoría más amplia. También hay quienes diferencian las emociones primarias de las secundarias, estableciendo una distinción entre las emociones básicas y universales y las emociones aprendidas (sentimientos derivados de procesos cognitivos superiores), que dependen de la interacción con el ambiente externo (Damasio, 1994; Damasio, Grabowski, Bechara et al., 2000). Otros autores como Calhoun y Solomon (1984) señalan que uno de los problemas principales a resolver por los estudiosos de las emociones es evaluar qué sistema clasificatorio es el más apropiado para su estudio; por ejemplo, un sistema que conciba las emociones como manifestaciones discretas con cualidades y *gestalts* distintas (rabia, miedo, alegría, asco...) u otro sistema que las trate como manifestaciones de disposiciones bidimensionales (emociones positivas o negativas, generadoras de tensión o relajación).

Otra cuestión a tener en cuenta es la de las complejas relaciones entre experiencia emocional y sensaciones fisiológicas. Si una persona no temblase ante una situación de extrema tensión, ¿podría experimentar miedo? Para los defensores de la base fisiológica de las emociones, lo que ocurriría es que la persona percibiría el miedo, pero sin sentirlo (James, 1950; James y Lange, 1922). Si aceptásemos esta idea, emoción y sentimiento no se diferenciarían ya que la emoción sería definida como un sentimiento que tendría una localización en nuestro cuerpo. La ausencia de una sensación de cambio corporal haría imposible, de acuerdo con esta hipótesis, sentir la correspondiente emoción. Pero toda sensación de cambio corporal precisa de una evaluación o cognición de dicho estado, lo que hace que el cambio fisiológico *per se* no sea suficiente para el surgimiento de la emoción. Tal y como indicaban los estudios basados en los trabajos pioneros de Marañón (1924), retomados posteriormente por Schachter y Singer (1962), entre la activación fisiológica y la emoción media un proceso de evaluación cognitiva que da lugar a la expresión de la emoción.

Finalmente, la tercera cuestión a la que nos referimos al inicio de este apartado tiene que ver con considerar el hecho de que las emociones se originen en el curso de nuestras interacciones y jueguen un importante papel en la construcción, mantenimiento y/o transformación del orden social. La interacción y la organización social son posibles porque están íntimamente relacionadas con la movilización y expresión de las emociones (Turner y Stets, 2004). Éstas, independientemente de que sean o no conscientes para la persona, surgen en la interacción simbólica, la cual determina nuestras formas de entender y construir la realidad social, la forma en que percibimos y dotamos de significado a nuestras acciones cotidianas. Todo sistema social está caracterizado por relaciones de estatus y poder que influyen en nuestros estados emocionales, al igual que nuestras interacciones y las diferencias de estatus y poder que en ellas se manifiestan se ven afectadas por la expresión de nuestras emociones (Kemper, 1990). Las emociones son procesos y productos sociales porque nuestros roles nos indican qué emociones debemos sentir y cómo debemos expresarlas; esto ha sido destacado por sociólogas como Hochschild (2003) al desarrollar conceptos como los de *feeling rules* y *emotional labor* (véase también Martínez-Íñigo, 2002). Con ambos conceptos lo que esta autora quiere señalar es que cada cultura determina los contextos y roles en los que debemos expresar un cierto tipo de emociones y las reglas que determinan el manejo de las mismas. Otro sociólogo como Scheff (1990) también señala que emociones básicas como la vergüenza

y el orgullo están determinadas por el tipo de vínculos sociales que establecemos. Mientras que los vínculos sociales armoniosos dan lugar a sentimientos de orgullo al sentir que estamos siendo positivamente evaluados por otros, los vínculos en los que se manifiestan relaciones inseguras dan lugar a sentimientos de vergüenza, al sentir que estamos siendo evaluados de forma negativa (véase Bericat, 1992). Al mismo tiempo, no podemos olvidar el papel del *self* en la experiencia emocional (Fridja, 2001; Epstein, 2001). Fridja (2001), por ejemplo, destaca la separación del *self* trascendental o lógico, instancia que permite a todo sujeto experimentar algo en el mundo, del *self* construido, que ocurre cuando el *self* es el propio objeto de la experiencia emocional. El primero es una precondition de la experiencia emocional (por ejemplo, huir o retirarse ante una situación que desencadena miedo) y el segundo es fruto de la construcción de un sujeto que reflexiona sobre sí mismo (por ejemplo, yo siento que tengo miedo, pues reconozco en mí las señales de miedo). Asimismo, autores como Epstein (2001) afirman que las emociones son un barómetro de los acontecimientos significativos de la persona, permitiendo inferir la idea que tiene de sí misma. Así, alguien que responde con una fuerte reacción emocional a un comentario que ponga en duda su honestidad y no ante un comentario crítico de sus puntos de vista sobre otro aspecto como, por ejemplo, la economía, deja al descubierto sus valores. Las emociones tendrían, en consecuencia, una importancia significativa en la construcción del *self* y, por tanto, en el proceso de construcción de la identidad individual y social.

En conclusión, nuestras emociones no pueden ser entendidas en un vacío social y cultural. Para comprender su significado es necesario aprehender los valores culturales y las normas sociales de quien las expresa, los modos en que entendemos y manejamos nuestras propias emociones y las de los otros, así como las creencias culturales sobre su naturaleza (Fernández, 2002; Parkinson, Fischer y Manstead, 2005; Stearns y Stearns, 1985). Las situaciones sociales y los roles que desempeñamos responden a normas y valores sociales que no sólo determinan cómo debemos comportarnos, sino también las emociones apropiadas que debemos manifestar. Añádase a esto que las emociones forman parte de la construcción del *self* en la interacción simbólica.

3. PERSPECTIVAS TEÓRICAS DE LAS EMOCIONES: NATURALEZA 'VERSUS' CULTURA

La falta de consenso sobre qué son las emociones y sus vínculos con otros procesos psicosociales como la cognición también se ve reflejada en las diferentes teorías disponibles (Cornelius, 1996; Strongman, 1996).

Hay, al menos, dos modelos clasificatorios para el estudio de las emociones. Uno de ellos es el de Holodynski y Friedlmeier (2006), en el que las perspectivas para el estudio de las emociones pueden ser divididas en cuatro tipos: estructuralismo, funcionalismo, teorías sistémicas y enfoques socioculturales. Otro modelo de clasificación es el de Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric (2006), en el que se destacan tres perspectivas teóricas en los estudios de las emociones: la evolucionista, la de la evaluación cognitiva y, finalmente, la de los construccinistas sociales. No hay antagonismo entre los dos modelos clasificatorios, solamente son modos particulares de ordenar los enfoques teóricos sobre las emociones.

De acuerdo con el primer modelo, los estructuralistas conciben las emociones como estados fisiológicos específicos del organismo que responden tanto a estímulos internos como externos. Su interés es el de estudiar las diferentes cualidades de los estados emocionales, las llamadas emociones discretas, que diferencian rabia, envidia, amor, miedo, etc. (Izard, 1991; Izard y Ackerman, 2004). Aquí está sobreentendida la creencia en la existencia de un componente objetivo (componente corporal) y otro subjetivo de la emoción (Ekman, Friesen y Ellsworth, 1972; James, 1884; Tomkins, 1962). De algún modo, las investigaciones que adoptan esta perspectiva están orientadas al análisis de la externalización de las emociones: expresiones faciales, gestos, postura corporal, tono de voz, etc. El componente subjetivo es accesible solamente por introspección de la persona que experimenta y siente esa emoción. Ese componente subjetivo se refiere a la manera en que la persona interpreta el componente objetivo, o sea, su experiencia emocional. Sin embargo, hasta el momento, no ha habido una confirmación empírica de la presencia de ciertos patrones corporales y expresiones mediante los cuales poder defender el concepto de emociones discretas. Tampoco existe una clara relación de correspondencia entre el componente objetivo y el subjetivo, de modo que cada componente objetivo se corresponda con un mismo componente subjetivo.

La segunda perspectiva dentro de este primer modelo de clasificación es la funcionalista (Arnold y Gasson, 1954; Fridja, 1986; Lazarus, 1966), que dirige su atención a las dos funciones de las emociones: evaluar un evento y desencadenar la acción. La rabia, por ejemplo, puede ser resultado de la evaluación de que hay algún obstáculo en la realización de una meta importante, desencadenando una reacción rápida, como la expresión de desagrado con respecto a la persona que, supuestamente, estaría impidiendo la realización de la meta. De acuerdo con Holodynski y Friedlmeier (2006), una de las críticas a ese planteamiento funcionalista es que es demasiado cognitivista y no considera el hecho de que las personas evalúan sus emociones y sentimientos a la luz de los conocimientos que adquieren en los procesos de aprendizaje social. Ambos autores llaman la atención sobre la diferenciación entre *cold cognition* y *hot emotion*. Una persona puede sentirse culpable por obtener el cargo de gerente que iba a ser dado a un colega muy próximo, pero ese sentimiento puede ser el resultado de las expectativas sociales de cómo una persona debe sentirse en determinados contextos sociales de competición (*cold cognition*), o de los sentimientos espontáneos personales (*hot emotion*). La teoría de los dos factores de Schachter y Singer (1962), incluida en esta segunda perspectiva, destaca que las emociones implican tanto la activación neurofisiológica como la cognición, que a su vez estaría relacionada con el contexto social. Las emociones deberían, en consecuencia, ser concebidas incluyendo procesos tales como las evaluaciones de sucesos o acontecimientos presentes en la situación, la preparación para la acción, la expresividad, la verbalización, los cambios fisiológicos y la experiencia consciente fruto del aprendizaje social y los procesos de socialización del individuo.

La tercera perspectiva es la de los sistemas dinámicos, donde las emociones pueden ser descritas como producto de la interacción de múltiples componentes (Barret, Ochsner y Gross, 2007; Lewis y Granic, 2000). Desde este enfoque, la emoción es entendida como un fenómeno multimodal que implica múltiples procesamientos paralelos para que el organismo pueda dar una respuesta congruente y adaptativa. No sólo incluye sistemas de procesamiento *bottom-up* (activación de ciertas áreas cerebrales como la amígdala a partir de los

estímulos que se presentan a la persona), sino también sistemas de procesamiento *top-down* (activados para buscar informaciones en la memoria en ausencia de cualquier estímulo externo que tenga valor afectivo). De ese modo, la respuesta emocional estaría garantizada, ya sea por los procesamientos *bottom-up*, que activarían sistemas de reconocimiento e interpretación adecuados al estímulo, ya sea por los procesamientos *top-down* que buscarían, por medio de la memoria, desencadenar la respuesta emocional necesaria. La emergencia de estos procesos lleva a la perspectiva sistémica a entender que la emoción es un fenómeno emergente construido por procesos que buscan activar la respuesta más congruente con la situación (Barret, Ochsner y Gross, 2007). Analizando la perspectiva sistémica desde el punto de vista ontogenético, emoción y cognición serían vistas como sistemas modulares separados, pero interactuando en procesos de autoorganización a lo largo del desarrollo humano. Eso explicaría por qué hay diferencias en los procesos emocionales: 1) microgenéticos, es decir, episodios de corta duración; 2) mesogenéticos, que duran horas y días y son característicos de los humores (Lazarus, 1991), y finalmente, 3) macrogenéticos, característicos de la personalidad, es decir, patrones emocionales que serían construidos a lo largo del desarrollo de la persona y que compondrían sus trazos estables de personalidad (Gray y Watson, 2001). El interés principal de esa perspectiva de los sistemas dinámicos es describir y explicar cómo nuevos sistemas más complejos emergen de sistemas previamente existentes.

Finalmente, la perspectiva sociocultural enfatiza que los procesos de formación y regulación de las emociones ocurren en contextos de interacción social (por ejemplo, Harré, 1986; Lewis y Michalson, 1983; Saarni, 1999). Partidaria de un relativismo cultural en la interpretación y manifestación de las emociones, éstas no son consideradas como meras experiencias individuales, sino que son construidas en las interacciones sociales e influenciadas por los contextos culturales (Holodynski y Friedlmeier, 2006). Las emociones sirven, por tanto, no sólo para la adaptación de la especie (cumplen una función biológica), sino también para su adaptación externa a un medio cultural. Cumplen, por tanto, una función psicosocial, al integrar a las personas en grupos sociales que comparten sentimientos comunes y contribuir en la construcción social de su identidad personal, pues sentimientos y emociones están asociados, a través de los procesos de socialización, a tipos de valores y normas sociales con los que nos identificamos.

Tal y como comentamos anteriormente, un segundo modelo clasificatorio es el propuesto por Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric (2006), quienes describen tres perspectivas teóricas de las emociones: la evolucionista, la de la evaluación cognitiva y la de los constructivistas sociales.

La primera perspectiva, la evolucionista (que incluiría a los funcionalistas y a algunos estructuralistas), defiende una relación directa entre las emociones y los procesos adaptativos (Plutchik, 1984).

La segunda perspectiva, la de la evaluación cognitiva, analiza la conexión de las emociones con los procesos socio-cognitivos y afirma que un mismo acontecimiento puede generar reacciones emocionales distintas en los individuos. Así, un fracaso en la consecución de una meta puede generar rabia en unos y vergüenza en otros (Scherer, 1999). Para Elster (2007), las distintas respuestas emocionales que podemos observar entre personas que experimentan un mismo acontecimiento, se deben, en parte, a las diferencias en la evaluación de la violación

de las normas sociales y morales aprendidas a lo largo del proceso de socialización. Es así cómo podemos explicar que la violación de una norma moral pueda desencadenar distintos tipos de reacción emocional. De ese modo, conocer cómo la persona evalúa la situación hace posible prever qué tipo de emociones experimentará. Del mismo modo que saber cómo la persona evalúa la situación ofrece condiciones para prever cómo actuará en el futuro ante situaciones similares.

La tercera perspectiva, la de los construccionistas sociales, integra influencias de la antropología, la sociología, la filosofía y la psicología social que rechazan las concepciones innatistas, sugiriendo que nuestras emociones y sentimientos son construidos socialmente (Averill, 1980; Gergen, 1985; Harré, 1986; Harré y Parrott, 1996; Ovejero, 2000; Parkinson, Fischer y Manstead, 2005). De acuerdo con los construccionistas sociales nadie experimenta una emoción hasta que aprende a interpretar la situación en términos de patrones morales, sociales y culturales. Aunque reconocen que la emoción es un estado parcialmente interno, no puede ser completamente entendida sin una referencia al contexto social y cultural en el que se manifiesta. Las emociones son interpretadas y comprendidas de modos diferentes porque poseen distintos significados culturales.

Los dos modelos clasificatorios y las perspectivas presentadas dentro de cada uno de ellos no deben considerarse como antagónicos. Así, por ejemplo, los evolucionistas tienden a defender el papel clave de las emociones en la perpetuación de la especie (Cosmides y Tooby, 2004; Ekman, 1992, 1999, 2003), y los construccionistas sociales (Averill, 1980; Johnson-Laird y Oatley, 2004; Saarni 2004) dan relevancia a que las emociones son socialmente aprendidas en las interacciones humanas en función de las normas sociales, la cultura y la estructura social (Parkinson, Fischer y Manstead, 2005; Torregrosa, 1982). La evidencia actual nos lleva a reconocer que las emociones son fundamentales tanto para la perpetuación de la especie como para el mantenimiento y regulación de las interacciones sociales y el orden social. A lo largo de la evolución humana, las emociones permitieron garantizar la supervivencia de la especie, pero no se puede negar que todas las emociones son fruto del aprendizaje social. Es indiscutible que las emociones tienen funciones múltiples para la vida humana, aunque hasta el momento se esté lejos de dar una respuesta satisfactoria a cómo la biología y la cultura se influyen mutuamente, a pesar de los innumerables intentos de integración, tales como los estudios transculturales de Ekman (1992, 1999, 2003) y sus colegas (White, 2004). Así pues, aunque los estudios neurofisiológicos contribuyan a aclarar el nivel de análisis filogenético (aquello que es común a la especie), precisamos también estudiar la ontogénesis de las emociones, para lo cual es necesario realizar un análisis de los procesos culturales implicados tanto en su construcción social, como en la manifestación de nuestras reacciones emocionales. Esta situación hace inevitable la conclusión de que las emociones precisan de niveles diferentes de análisis para su comprensión (Fridja, 2004; Harré y Parrot, 1996; Ovejero, 2000). En síntesis, no se puede negar que la manifestación de las emociones implica procesos mentales y comportamentales individuales, pero estas manifestaciones no pueden estudiarse desvinculadas de procesos socioculturales e históricos más amplios. Desde nuestro punto de vista, toda emoción es directa o indirectamente social. La vergüenza y la culpa son emociones claramente sociales, pues no las podemos concebir separadas del aprendizaje social que se da en la interacción simbólica. Así, por ejemplo, la vergüenza,

la culpa o la rabia están relacionadas con la autoimagen, la autoestima y el autoconcepto, contruidos en la relación con los otros. La diferenciación entre emoción individual y emoción social, para diferenciar entre la dimensión biológica y la dimensión sociocultural de las emociones, no supone un avance en su estudio pues incluso los autores que defienden un planteamiento evolucionista afirman que las emociones individuales, que supuestamente tendrían una base biológica de función adaptativa, están relacionadas con el tipo de cultura en el que se dan (Shweder y Haidt, 2004).

En conclusión, las emociones no son una categoría natural definida apenas por una esencia biológica. Al contrario, son dependientes de un sistema específico de significados y convenciones cultural y socialmente compartidas (Fernández-Dols, Carrera, Hurtado de Mendoza y Oveja, 2007). Este sistema define cómo las emociones son representadas, sentidas, evaluadas y reguladas por los grupos participantes de ese universo cultural. Un corolario de esta conclusión es la necesidad de integración de las teorías disponibles sobre las emociones, consecuencia lógica de las insuficiencias reveladas por cada una de ellas consideradas por separado.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA NECESIDAD DE UN ENFOQUE INTERDISCIPLINAR EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

Avanzando hacia una conclusión de lo expuesto en este artículo, es importante destacar que las dificultades conceptuales y teóricas en la definición de las emociones han ejercido una doble influencia en el desarrollo de los estudios científicos de las mismas. En primer lugar, han forzado una mayor integración entre procesos socio-cognitivos, procesos emocionales y cultura, aproximando distintas perspectivas teóricas que veían dichos procesos como independientes. Hoy en día es imposible estudiar los procesos cognitivos prescindiendo de las emociones y viceversa; a su vez, no es posible comprender cognición y emociones sin considerar el medio social, cultural e histórico en el que surgen. En segundo lugar, las tentativas de superar las definiciones y planteamientos parciales sobre las emociones han contribuido, igualmente, a reafirmar que las emociones son procesos centrales y complejos tanto en la preservación de la especie humana como en la configuración sociocultural. Una gran parte de la investigación sobre emociones ha estado centrada en privilegiar las bases sociales de las emociones, situándolas en un relativismo cultural; en otros casos, el acento ha sido puesto en sus bases neurofisiológicas, enfatizando lo que las emociones tendrían de invariable y común para la especie humana. Pero el estudio de las emociones ha revelado su resistencia a perspectivas reduccionistas (Oatley, Keltner y Jenkins, 2007). Para conseguir una visión integrada de las emociones es necesario tener en cuenta tanto los procesos «internos», neurofisiológicos y de experiencia subjetiva, como los procesos «externos», incluyendo la cultura y los procesos de interacción social y simbólica. A pesar de las innumerables dificultades para considerar de forma conjunta planteamientos epistemológica y teóricamente distintos, la complejidad del fenómeno de las emociones está forzando la integración de enfoques que, en principio, eran contrapuestos. Estudiar las emociones en sus aspectos individuales, a través del estudio de sus componentes biológicos, comportamentales y/o cognitivos, sin

tener en cuenta su dimensión social y cultural fragmenta un fenómeno que se manifiesta de manera holística y global. En definitiva, podemos concluir afirmando que las dificultades para entender el papel de las emociones en nuestra vida sólo pueden ser superadas construyendo teorías que no se basen sólo en sus aspectos psico-biológicos y en la función de adaptación que cumplen, sino que entendamos que éstas se construyen en un contexto social y simbólico, para lo que es necesario incluir la perspectiva sociológica en su estudio. Una perspectiva que si bien se ha incorporado recientemente al estudio de las emociones, cuenta ya con una importante aportación bibliográfica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARNOLD, M. y GASSON, J. (1954). «Feelings and emotions as dynamic factors in personality integration», en Arnold, M. B. y Gasson, S. J. (eds.), *The human person*, Nueva York, Ronald, pp. 294-313.
- AVERILL, J. R. (1980), «A constructivist view of emotion», en Plutchik, R. y Kellerman, H. (eds.), *Emotion: theory, research and experience*, Nueva York, Academic Press, pp. 305-339.
- BARRET, L., OCHSNER, K. y GROSS, J. (2007), «On the automaticity of emotion», en Bargh, J. A. (ed.), *Social psychology and the unconscious. The automaticity of higher mental processes*, Hove, Psychology Press, pp. 173-217.
- BERICAT, E. (2002), «La sociología de la emoción y la emoción en la sociología», *Papers*, 62: 145-176.
- BURKITT, I. (2002), «Complex emotions: relations, feelings, and images in emotional experience», en Barbalet, J. (ed.), *Emotions and sociology* Oxford, Blackwell Publishing, pp. 151-167.
- CALHOUN, Ch. y SOLOMON, R. C. (1984), *What is emotion? Classical readings in philosophical psychology*, Nueva York, Oxford University Press.
- CORNELIUS, R. (1996), *The science of emotion: Research and tradition in the psychology of emotion*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice-Hall.
- COSMIDES, L. y TOOBY, J. (2004), «Evolutionary psychology and the emotions», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, Guilford Publication, pp. 91-115.
- DAMASIO, A. R. (1994), *Descartes's error*, Nueva York, Putnam.
- DAMASIO, A. R., GRABOWSKI, J. T., BECHARA, A., DAMASIO, H., PONTO, LL., PARVIZI, J. e HICHTWA, R. D. (2000), «Subcortical and cortical brain activity during the feeling of self-generated emotions», *Nature Neuroscience*, 3: 1049-1056.
- DAVIDSON, R. J., SCHERER, K. R. y GOLDSMITH, H. H. (eds.) (2003), *Handbook of affective sciences*, Oxford, Oxford University Press.
- ECHEBARRÍA, A. y PÁEZ, D. (1989), *Emociones: Perspectivas psicosociales*, Madrid, Fundamentos.
- EKMAN, P. (1992), «Are these basic emotions?», *Psychological Review*, 99: 550-553.
- (1999), «Basic emotions», en Dalglish, T. y Power, M. (eds.), *Handbook of cognition and emotion*, Sussex, John Wiley & Sons, pp. 45-60.

- (2003), «Darwin, deception, and facial expression», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1000: 205-221.
- EKMAN, P., FRIESEN, W. V. y ELLSWORTH, P. (1972), *Emotion in the human face: Guidelines for research and an integration of findings*, Nueva York, Pergamon.
- ELSTER, J. (2007), *Explaining social behavior. More nuts and bolts for the social sciences*, Nueva York, Cambridge University Press.
- EPSTEIN, S. (2001), «Commentary: the self and emotion», en Bosma, H. A. y Saskia Kunnen, E. (eds.), *Identity and emotion. Development through self-organization*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 58-63.
- EVANS, D. (2003), *Emotion. A very short introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- FEHR, B. y RUSSELL, J. A. (1984), «Concept of emotion viewed from a prototype perspective», *Journal of Experimental Psychology General*, 113: 464-486.
- FERNÁNDEZ, I. (2002), «Prototipos emocionales desde una perspectiva cultural», *Revista Española de Motivación y Emoción*, 3: 115-125.
- FERNÁNDEZ, I. y CARRERA, P. (2007), «Las emociones en psicología social», en Morales, J. F. (eds.), *Psicología Social*, Madrid, McGraw-Hill, pp. 291-330.
- FERNÁNDEZ-DOLS, J. M. (1994), «Emociones», en Morales, J. F. (eds.), *Psicología Social*, Madrid, McGraw-Hill, pp. 325-359.
- FERNÁNDEZ-DOLS, J. M., CARRERA, P., HURTADO DE MENDOZA, A. y OCEJA, L. V. (2007), «Emotional climate as emotion accessibility: How countries prime emotions», *Journal of Social Issues*, 63: 233-253.
- FRIDJA, N. H. (1986), *The emotions*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (2001), «The self and emotions», en Bosma, H. A. y Kunnen, E. S. (eds.), *Identity and emotion. Development through self-organization*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 39-57.
- (2004), «The psychologists' point of view», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 59-74.
- FISCHER, A. H., MANSTEAD, A. S. R. y RODRÍGUEZ, P. M. (1999), «The role of honor-based versus individualistic values in conceptualizing pride, shame, and anger: Spanish and Dutch cultural prototypes», *Cognitive and emotion*, 13: 149-179.
- FORGAS, J. P. (2000), *Feeling and thinking: The role of affect in social cognition*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GERGEN, K. J. (1985), «The social constructionist movement in modern psychology», *American Psychologist*, 40: 266-275.
- GRAY, E. y WATSON, D. (2001), «Emotions, mood, and temperament similarities, differences and synthesis», en Payne, R. L. y Cooper, C. L. (eds.), *Emotions at work: theory, research and applications for management*, Chichester, John Wiley & Sons Ltd, pp. 21-44.
- HARRÉ, R. (ed.) (1986), *The social construction of emotions*, Oxford, Basil Blackwell.
- HARRÉ, R. y PARROT, W. G. (1996), *The emotions. Social, cultural and biological dimensions*, Londres, Sage Publications.
- HOCHSCHILD A. R. (2003), *The Managed Heart: the Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press.

- HOLODYSKI, M. y FRIEDLMEIER, W. I. (2006), *Development of emotions and emotion regulation*, Nueva York, Springer.
- IZARD, C. E. (1991), *The psychology of emotions*, Nueva York, Plenum.
- IZARD, C. E. y ACKERMAN, B. P. (2004), «Motivational, organizational, and regulatory functions discrete emotions», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions*, Nueva York, The Guilford Press, pp. 253-264.
- JAMES, W. (1884), «What is an emotion?», *Mind*, 9: 188-205.
- (1950, 1890), *Principles of psychology*, Nueva York, Dover Publications.
- JAMES, W. y LANGE, C. G. 1922 (1885), *The emotions*, Baltimore, Williams & Wilkins.
- JOHNSON-LAIRD, P. N. y OATLEY, K. (2004), «Cognitive and social constructions in emotions», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 458-475.
- KEMPER, T. D. (ed.) (1990), *Research Agendas in the Sociology of Emotion*, Albany, State University of New York Press.
- LAZARUS, R. S. (1966), *Psychological stress and coping process*, Nueva York, McGraw-Hill.
- (1984), «On the primacy of cognition», *American Psychology*, 39 (2): 124-129.
- (1991), *Emotion and adaptation*, Nueva York, Oxford University Press.
- LEVY, R. (1984), «Emotion, knowing, and culture», en Shweder, R. y LeVine, R. A. (eds.), *Culture theory: Essays on mind, self, and emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 214-237.
- LEWIS, M. y GRANIC, I. (eds.) (2000), *Emotion, development, and self-organization*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LEWIS, M. y HAVILAND-JONES, J. (2004), *Handbook of emotions*, Nueva York, The Guilford Press.
- LEWIS, M. y MICHALSON, L. (1983), *Children's emotions and moods: Developmental theory and measurement*, Nueva York, Plenum.
- LUTZ, C. A. (1988), *Unnatural emotions: Everyday sentiments on a micronesia atoll and their challenge to western theory*, Chicago, University of Chicago Press.
- MARAÑÓN, G. (1924), «Contribution à l'étude de l'action émotive de l'adrénaline», *Revue Française d'Endocrinologie*, 2: 301-325.
- MARTÍNEZ-ÍÑIGO, D. (2002), «Evolución del concepto de Trabajo Emocional: dimensiones antecedentes y consecuencias. Una revisión teórica», en *Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones*. 17: 131-153.
- MESQUITA, B. (2003), «Emotions as dynamic cultural phenomena», en Davidson, R. J., Scherer, K. R. y Hill Goldsmith, H. (eds.), *Handbook of affective sciences* Oxford, Oxford University Press, pp. 871-890.
- NIEDENTHAL, P. M., KRAUTH-GRUBER, S. y RIC, F. (2006), *Psychology of emotion: Interpersonal, experiential and cognitive approaches*, Nueva York, Psychology Press Taylor & Francis Group.
- OATLEY, K., KELTNER, D. y JENKINS, J. M. (2007), *Understanding emotion*, Oxford, Blackwell Publishing.
- OVEJERO, A. (2000), «Emotions: Reflections from a socioconstructionist perspective», *Psicothema*, 12: 16-24.

- PARKINSON, B., FISCHER, A. H. y MANSTEAD, A. S. R. (2005), *Emotion in social relations. Cultural, group, and interpersonal processes*, Nueva York, Psychology Press.
- PARROT, W. G. (ed.) (2001), *Emotions in social psychology*, Sussex, Psychology Press.
- PHELPS, E. A. (2006), «Emotion and cognition. Insights from studies of the human amygdale», *Annual Review of Psychology*, 57: 37-53.
- PLUTCHIK, R. (1984), «Emotion: A general psychoevolutionary theory», en Scherer, K. R. y Ekman, P. (eds.), *Approaches to emotion*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum, pp. 197-219.
- ROBERTS, R. C. (2003), *Emotions. An essay in aid of moral psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ROLLS, E. T. (2007), *Emotion explained*, Nueva York, Oxford University Press.
- RUSSELL, J. y LEMAY, G. (2004), «Emotions concepts», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 491-503.
- RYLE, G. (1949), *The concept of mind*, Harmondsworth, Penguin Books.
- (1971), *Feelings*, en *Collected Papers 1929-1968*, Londres, Hutchinson, pp. 272-286.
- SAARNI, C. (1999), *The development of emotional competence*, Nueva York, Guilford Press.
- (2004), «The social context of emotional development», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 306-322.
- SCHACHTER, S. y SINGER, J. (1962), «Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state», *Psychological Review*, 69: 379-399.
- SCHEFF, T. (1990), Socialization of emotions: pride and shame as causal agents. En T. D. KEMPER (ed.), *Research Agendas in the Sociology of Emotions* (pp. 281-304), Albany: State University of New York Press.
- SCHERER, K. (1999), «Appraisal theories», en Dalglish, T. y Power, M. (eds.), *Handbook of cognition and emotion*, Chichester, N.J., John Wiley & Sons, pp. 637-663.
- SCHWEIGER, I. y ÁLVARO, J. L. (2007), «Emotion regulation: Theoretical and empirical issues». *Social Psychology Review*, 9 (2): 3-17.
- SHWEDER, R. A. y HAIDT, J. (2004), «The cultural psychology of the emotions: ancient and new», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 397-416.
- SOLOMON, R. C. (2004), «The philosophy of emotions», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, Guilford Press, pp. 3-16.
- STEARNS, C. Z. y STEARNS, P. N. (1985), *Anger: The struggle for emotional control in american's history*, Chicago, The University of Chicago Press.
- STRONGMAN, K. T. (1996), *The psychology of emotion: Theories of emotion in perspective*, Chichester, John Wiley & Sons.
- TOMKINS, S. S. (1962), *Affect, imagery, consciousness: vol. 1. The positive affects*, Nueva York, Springer.
- TORREGROSA, J. R. (1982), «Emociones, sentimientos y estructura social», en Torregrosa, J. R. y Crespo, E. (eds.), *Estudios básicos de psicología social*, Barcelona, Hora, pp. 185-199.
- TURNER, J. H. y STETS, J. E. (2004), *The sociology of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press.

- WALTON, S. (2004), *Humanity an emotion history*, Londres, Atlantic Books.
- WHITE, G. M. (2004), «Representing emotional meaning: category, metaphor, schema, discourse», en Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (eds.), *Handbook of emotions* (2ª edición), Nueva York, The Guilford Press, pp. 30-44.
- ZAJONC, R. B. (1984), «On the primacy of affect», *American Psychology*, 39: 117-23.
- (2001), «Feeling and thinking. Closing the debate over the independence of affect», en Forgas, Joseph P. (ed.), *Feeling and thinking: the role of affect in social cognition*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 31-58.

Recibido: 06/07/2009

Aceptado: 25/11/2009